

historia/ de América del Sør Don Juan/ Bautista Muños. Es/ crita en Roma/ por Don Fran.^o Yturri/ Con Licencia/ Madrid año de 1797. Después de la portada viene una página donde se lee: *De Dn. Ambrosio Funes. 1^a octubre 26 de 1801.* En la última página se lee: *Roma y Agosto 20 de 1797.* Se halla este manuscrito en la Church Collection de la Brown University, Providence, Rhode Island, sign. xf F/ M 92i. En el cotejo que nosotros hemos hecho del texto de que damos noticia con el de la edición de 1818 de Buenos Aires² no encontramos variantes dignas de consideración. Comoquiera que el P. Furlong afirma³ que la tercera ed. de la *Carta* (Puebla de Méjico, 1820) no contiene variante alguna con la primera (Madrid, 1798), ni con la segunda (Buenos Aires, 1818), es lógico deducir que nos hallamos ante un caso de pureza textual.

Para cerrar esta nota, séanos permitido señalar la existencia de otro ejemplar de la edición de 1820 en la Biblioteca del Congreso⁴, edición de que el P. Furlong (op. cit., p. 43 sólo pudo ver uno en el Britis Museum).

RAFAEL OSUNA
Middlebury College

<https://doi.org/10.29393/At406-131RHAL10131>

Rolf Hochhuth: El Vicario. Versión española de AGUSTÍN GIL
GRIJALBO. México. D. F., 1964. 448 pp.

Tanto ruido, tanta prohibición, todos los juicios en contra de esta pieza teatral, obligarían a ponerse en guardia. No hemos conocido opiniones completas y bien objetivas. Sólo citas de fragmentos, con desdenes, reproches, iras. Mientras tanto, hemos recorrido los cuatro actos del original, traducidos, más un complemento histórico de documentos, incluido por el autor en el volumen.

Resultado de esta enorme lectura: No es lo que se cacarea, el punto más grave de la obra. La forma tan deshumanizada como aparece Pío XII, en una escena, a la postre, es lo menos perturbador del texto. Mucho más inquietante es la visión de la fe religiosa y del sentido de la Iglesia que se manifiesta, a lo largo del drama.

Y como tal, en cuanto creación artística, "El Vicario" no es mediocre ni fruto de un inepto, como han afirmado el *Time*, *The Guardian*, *Report*, *Frankfürter Allgemeine Zeitung*, según citas leídas. Uno se encuentra con un drama de diálogo brillante, en alto grado, a juzgar por la traducción, con una viviente animación de personajes nazis, hasta un punto alucinante de diabolismo; se logran situaciones dramáticas de una grandeza muy sombría. Y no falta nunca esa condición germana de ahondamiento en las discusiones hasta el fin, de tal manera que parecen agotarse los pensamientos.

No participamos de la sensibilidad de aquéllos que apenas se les toca una sotana, estallan en histerias de indignación. Una cosa es mi Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, con un misterio sobrenatural indecible, y otro aspecto es el diverso grado de caridad viviente de los hombres de Iglesia.

Cuando uno lee una obra tan violenta como la presente, supone cuántas causas la han engendrado, hasta el punto de divisar en ella un resentimiento religioso, el cual, en general, es consecuencia de la apatía y tibieza de fe de eclesiásticos, a veces, demasiado paternalistas e incólumes ante el dolor del mundo.

El hecho cruel de "El Vicario", su grito desaforado, porque Pío XII no alarmó al mundo por los crímenes nazis, en especial la matanza multitudinaria de judíos, esos hermanos nuestros, de la raza de Jesús y María, es un acto de aparente justicia histórica, porque divisamos siempre una situación personal del autor, que se desahoga en el problema que hace nudo dramático de su importante obra. Por cierto, no vamos a repetir todos los argumentos eclesiásticos para defender la política internacional de Pío XII. Hay ya libros con documentación al respecto. Repito que veo algo más grave, de lo cual es pretexto el argumento mismo del drama. Podría tomar muy en serio la protesta del autor, si viese que va conducido en su obra por un espíritu superior a él mismo y por encima de su mismo furor anticatólico; en cambio, me encuentro con que él no saca una luz superior, alguna verdad religiosa, por caso, que pueda oponer a la del mundo vaticano que impugna, una claridad del Dios verdadero contra la deficiencia que muestra en el ámbito de Pío XII. No. Hochhuth se ve enajenado del sentido de la fe. Esto que afirmamos lo presentimos en el modo cómo aparece el héroe de la obra.

El padre Ricardo Fontana, es un jesuita italiano, de carrera diplomática; quiere que el Papa denuncie públicamente los campos de exterminio nazi, revoque el concordato concertado por su antecesor y excomulgue a todos los católicos que participan en las violencias nazis. Como no obtiene esas declaraciones oficiales, decide dar su vida por las víctimas hebreas, y se va al campo de concentración de Auschwitz a expiar el que considera pecado papal; pero allí Fontana pierde la fe, a consecuencia de los horrores que contempla. Cuando renuncia a escaparse de ese ambiente siniestro, dice: "Desde hace una semana quemó seres humanos diez horas diarias. Y con cada uno que he de hacer arder, un poco de mi fe se quema también. Es el propio Dios quien arde. Cadáveres y más cadáveres. Un camino repleto de carroñas, esa es la Historia... Si supiera que Él, allá arriba, lo ve todo... debería... tendría que... odiarlo". Más adelante, agrega: "Él, ese monstruo que devora a sus propias criaturas" (345). No olvidemos que cuando llega a Roma, para activar su idea, en casa de su padre, no puede tolerar el sonido de las campanas de San Pedro, ni soporta las actividades religiosas que ese día se han llevado a cabo en el Vaticano.

Frente a ese escándalo por Dios, que gradualmente se va agudizando en el protagonista, muy distinto a otras actitudes espirituales que podríamos citar, como ilustración del modo de sobrellevar tales horrores nazis, tal el caso del escritor belga judío Albert Frank-Duquesne, frente a ese dolor por el mal que muchos padecen, suelen darse en la vida dos posiciones: una conduce al rechazo de Dios; la otra, a su encuentro, a la luz de la creencia religiosa. Dicen así: "Si hay un Dios bueno, es imposible que permita tanto sufrimiento,

La otra dice: Es imposible que todo termine aquí abajo si hay tanto sufrimiento injusto.

Hochhuth conduce hacia el primer juicio a su protagonista. Pero uno capta en su obra la ausencia de Dios, expulsado por el autor, si podemos hablar así. No hay noticia, en el alma del héroe, de la cruz de Cristo. Una sola tinta oscura brilla en los diálogos. Y hasta —lo que es muy significativo— en las acotaciones numerosas que pueblan las escenas; conllevan el ánimo del autor, sumamente antipapista. En todo momento son intencionadas, expresan su posición; por un lado las anticatólicas; por otro, las de crítica al mundo nazi; en ellas interpola sus observaciones sobre las fuentes históricas de sus personajes, consideraciones varias, tanto del momento de la acción como de hechos posteriores a la guerra que vivifica en sus páginas.

Un ejemplo: La escena en que aparece Pío XII. Las acotaciones ponen, entre otras cosas: "La frialdad y la dureza del rostro del Pontífice, de que tantas veces se ha hablado como signo de sublimación sobrenatural, han alcanzado, por decirlo así, el punto de congelación. Mira, igual que le gusta hacerlo en las fotografías, más allá de lo que le rodea, muy lejos, a un punto muy alto. Es inevitable que la escena cobre *ipso facto* un aire de irrealidad, casi de fantasmagoría. Palabras y palabras en un idioma degenerado, instrumento clásico para no decir nada". El autor se refiere al latín que usa el vaticano, en sus documentos, siempre traducidos a todas las lenguas.

La protesta de la obra no es el resultado de la vida de los personajes y sus situaciones, sino la intención del autor. Cualquier consideración sobre la base histórica que use el texto es insuficiente para valorarlo en ese nivel, porque ocurre lo siguiente:

La elaboración de una obra de teatro requiere como clave ejecutiva de la acción dramática, una premisa, un juicio que tiene que ser demostrado por la existencia escénica que se desata; de otro modo la pieza carecería de unidad suficiente. Otro asunto es practicar el antiteatro. Aquí, la verosimilitud histórica se obnubila un tanto con las costuras a la vista de lo que el autor quiere hacernos patente. Ella es más válida, cuando luce con vigor la psicología nazi, no cuando intenta la eclesiástica. Engendra en el desarrollo, esta obra, una especie de pérdida de espíritu, y un colerismo casi inútil, a veces ingenuo, como esas manifestaciones del protagonista, de querer asesinar a Pío XII para echarle la culpa a los S.S. Obliga a pensar que toda violencia, a la postre, es enemiga del hombre, salvo en ciertas condiciones. Pero uno padece la violencia general de Rolf Hochhuth como un atentado contra el espíritu de Dios, más allá del escándalo por un especialísimo silencio papal, que habría que examinarlo un poco, ya que es el problema arrastrado por la obra, y el motivo de la polémica internacional, provocada por "El Vicario".

Hay dos maneras de actuar en este mundo: la heroica y la prudente, tomando esta palabra en la más alta acepción. Pío XII usó la segunda, frente a los problemas políticos que padeció con una guerra planetaria. Cualquier creyente hubiera deseado un gesto supremo del Pontífice, pero es muy fácil imaginarlo, mientras no somos capaces de privarnos la mantequilla del desayuno para

ayudar a los pobres que nos rodean. Desatar una congestión, provocar martirios, furias, persecuciones, a los católicos, quizás, no habría sido suficiente para acabar con el crimen nazi. Y cuando vemos en la obra de Hochhuth a Pío XII lavarse las manos, como un Poncio Pilatos cualquiera, dejamos de creer en el grito del autor. Y verlo en escena, tan enfrascado en asuntos de cheques y política, con escapismo de zombie, sólo revela el olvido que el autor padece de las substancias del cristianismo. Ya ni recuerda que Dios escribe recto con líneas torcidas, si queremos discutir la actitud prudente del Pontífice.

En conclusión, sobre la diatriba, el autor no vislumbra cuál es el punto muy alto, más allá de lo que le rodea, al cual apunta la mirada de Pío XII. Después de las declaraciones del Concilio Vaticano Segundo, que todos hemos oído, la furia de esta pieza teatral resulta extemporánea. Queda, sí, muy claro, la distancia que separa al autor del cristianismo. Por caso, algunos juicios que pone en boca de sus personajes. Sobre Judas dirá: "(Él) sabía que sería condenado para toda la Eternidad. Su sacrificio era más grande que el del Señor" (210)... Sin comentario. Un juicio sobre María y el dogma de la Asunción: "Hoy es el dogma de María, ¿realmente, no hay nada mejor que hacer en estos instantes de tal gravedad?" (121). Sin comentario. Y esta muestra de exactitud histórica: "Pero es su Iglesia la que ha demostrado que se podían quemar a los hombres como si fueran carbón" (317).

Hay un Gran Ausente en "El Vicario"; por eso adquiere una extraña grandeza dramática, con todo el horror de la guerra, ferozmente sensible en sus escenas.

ALFREDO LEFEBVRE